

Impresión de que se burlan de nosotros

(i) seres inanimados

Sensación de que nuestros deseos se ven frustrados por un lápiz que se cae de la mesa o un cajón que se resiste a abrirse. La frustración provocada por el objeto inanimado se agrava con la impresión de que nos desprecia. Se comporta de un modo frustrante con el fin de dejar claro que no comparte nuestra opinión, suscrita también por los demás, acerca de nuestra inteligencia o condición.

(ii) seres animados

Dolor análogamente agudo, provocado por la impresión de que los demás se mojan en silencio de nuestro carácter.

Al llegar a un hotel de Suecia, me acompaña a la habitación un botones que se ofrece a llevarme el equipaje. "Pesará demasiado para un hombre como usted", sonríe, enfatizando "hombre" como queriendo significar lo contrario. Luce un rubio nórdico (tal vez de esquiador o cazador de alces; un guerrero en el pasado) y un gesto decidido. "A monsieur le agradará la habitación", dice. No queda claro por qué me ha llamado "monsieur" sabiendo que vengo de Londres, y su empleo del futuro suena a orden. El comentario se revela plenamente incongruente y delata una conspiración, toda vez que la habitación adolece de ruido de tráfico, una ducha defectuosa y un televisor averiado.

En personas por lo demás tímidas y pacíficas, la impresión de ser objeto de burla furtiva puede tornarse súbitamente en gritos y actos de crueldad, que pueden llegar al asesinato.

1. Cuando nos sentimos heridos, resulta tentador creer que aquello que nos hirió *tenía la intención* de hacerlo. Resulta tentador pasar de una oración compuesta de cláusulas conectadas con "y" a otra de cláusulas conectadas con "para"; pasar de pensar que "el lápiz cayó de la mesa y ahora estoy enfadado" a creer que "el lápiz cayó de la mesa *para* enfadarme".

2. Séneca recopiló ejemplos de semejantes impresiones de persecución a cargo de seres inanimados. Uno lo encontramos en la *Historia de Heródoto*. Ciro, rey de Persia y fundador de su gran imperio, poseía un hermoso caballo blanco que siempre montaba en la batalla. En la primavera de 539 a.C., el rey Ciro declaró la guerra a los asirios con la intención de expandir su territorio y partió con un gran ejército hacia la capital, Babilonia, a orillas del río Éufrates. La marcha transcurría bien hasta que el ejército alcanzó el río Gindes, que discurría desde los montes matienos hasta el Tigris. Se sabía que el Gindes era peligroso aún en verano y en esa época del año estaba marrón y encrespado, crecido con las lluvias invernales. Los generales del rey aconsejaron esperar, pero Ciro no se dejó intimidar y dio orden de que se cruzase de inmediato. Sin embargo, mientras se ponían a punto las embarcaciones, el caballo de Ciro se escabulló sin que nadie lo advirtiese y trató de cruzar el río a nado. La corriente se apoderó del animal, lo derribó y lo arrastró río abajo hasta matarlo.

Ciro montó en cólera. El río había osado arrebatarse su sagrado caballo blanco, el caballo del guerrero que había acabado con Creso y aterrorizado a los griegos. Gritó y blasfemó y, en el clímax de su furia, decidió hacer pagar al Gindes por su insolencia. Juró castigar al río haciéndolo tan débil que, en adelante, una mujer fuese capaz de atravesarlo sin tener que mojarse siquiera las rodillas.

Dejando de lado los planes para expandir su imperio, Ciro dividió su ejército en dos partes, trazó ciento ochenta canalillos que discurrían en varias direcciones desde cada una de las orillas del río y ordenó a sus hombres que empezasen a cavar, lo que hicieron durante todo un verano, con la moral por los suelos, desvanecida toda esperanza de infligir una rápida derrota a los asirios. Al terminar, el antaño rápido Gindes aparecía dividido en trescientos sesenta canales separados, por los cuales fluía tan lánguida el agua que las perplejas mujeres del lugar podían, en efecto, cruzar la débil corriente sin necesidad de recogerse las faldas. Aplacada su ira, el rey de Persia dio instrucciones a su exhausto ejército para que prosiguiese la marcha hacia Babilonia.

3. Séneca registró ejemplos similares de sensaciones de persecución a manos de seres animados. Uno se refería al gobernador romano de Siria, Cneo Pisón, bravo general pero de espíritu turbulento. Cuando un soldado regresó de un permiso sin el amigo con el que había partido y aseguró no tener ni la más remota idea de adónde había ido, Pisón pensó que el soldado estaba mintiendo; que había matado a su amigo y debería pagar con su vida.

El acusado juraba que no había asesinado a nadie y suplicaba tiempo para llevar a cabo una investigación, pero Pisón no le creyó y mandó que le condujesen sin demora hasta su muerte.

Sin embargo, cuando el centurión encargado se disponía a cortar la cabeza al soldado, el compañero ausente llegó a las puertas del campamento. Los soldados rompieron en un espontáneo aplauso y, aliviado, el centurión suspendió la ejecución.

Pisón no acogió tan bien la noticia. Al oír los vítores, tuvo la impresión de que se mofaban de su decisión. Enrojeció de ira, hasta el extremo de reunir a su guardia y ordenar la ejecución de los dos hombres, el soldado inocente de asesinato y el que no había sido asesinado. Y, sintiéndose muy acosado, condenó Pisón a muerte por añadidura al centurión.

4. El gobernador de Siria había interpretado enseguida la ovación de sus soldados como un deseo de minar su autoridad y de cuestionar sus decisiones. Ciro había interpretado de inmediato la muerte involuntaria de su caballo como un asesinato llevado a cabo por el río.

Séneca tenía una explicación para tales errores de juicio; obedecían a "cierta humillación del espíritu que se anula y rebaja" en hombres como Ciro y Pisón. Tras su propensión a anticipar el insulto yacía el temor a quedar en ridículo. Cuando sospechamos que somos un blanco apropiado para las heridas no hace falta demasiado para que creamos que alguien o algo intenta herirnos:

"No me ha recibido hoy y sí que ha recibido a otros" y "Ha dado la espalda con arrogancia a mi conversación, o se ha reído abiertamente", y "No me colocó en el centro, sino en el peor lugar de la mesa", y otras cosas de este tipo.

Puede que existan motivos inocentes. No me ha recibido hoy porque prefiere hacerlo la próxima semana. Parecía que se estaba riendo de mí, pero no era más que un tic. No son éstas las primeras explicaciones que se nos vienen a la cabeza cuando somos de espíritu abyecto.

5. Así pues, hemos de intentar envolver nuestras impresiones iniciales con una membrana protectora y resistirnos a reaccionar de inmediato según sus preceptos. Debemos preguntarnos si la tardanza de alguien en responder a nuestra carta obedece *necesariamente* a su afán de fastidiarnos, o si *necesariamente* nos han robado las llaves que faltan:

[El sabio] no lo echa todo a la peor parte, ni busca a quién culpar del infortunio.

6. Y la explicación de por qué no lo hace la ofrecía indirectamente Séneca en una carta a Lucilio el día en que se topó con cierta frase en una de las obras del filósofo Hecatón:

Entretanto, te daré a conocer, ya que te debo el pequeño obsequio diario, la frase de Hecatón que hoy me ha encantado. Dice así: "¿Me preguntas en qué he aprovechado? He comenzado a ser mi propio amigo". Mucho ha aprovechado: nunca estará solo. Ten presente que un tal amigo es posible a todos.

7. Existe un sencillo método para medir nuestro nivel de envilecimiento o de amistad hacia nosotros mismos: consiste en examinar nuestra reacción ante el ruido. Séneca vivía cerca de un gimnasio. Las paredes eran finas y el alboroto constante. Así le describía a Lucilio el problema:

Imagínate ahora toda clase de sonidos capaces de provocar la irritación en los oídos. Cuando los más fornidos atletas se ejercitan moviendo las manos con pesas de plomo, cuando se fatigan o dan la impresión de fatigarse, escucho sus gemidos; cuantas veces exhalan el aliento contenido, oigo sus chillidos y sus jadeantes respiraciones. Siempre que se trata

de algún bañista indolente, al que le basta la fricción ordinaria, oigo el chasquido de la mano al sacudir la espalda, de un tono diferente conforme se aplique a superficies planas o cóncavas. (...) Añade asimismo al camorrista, al ladrón atrapado y a aquel otro que se complace en escuchar su voz en el baño (...) al depilador que, de cuando en cuando, emite una voz aguda y estridente. (...) Luego al vendedor de bebidas con sus matizados sonos, al salchichero, al pastelero y a todos los vendedores ambulantes que en las tabernas pregonan su mercancía con una peculiar y característica modulación.

8. A aquel que no se lleva bien consigo mismo le cuesta creer que el pastelero grite *para vender pasteles*. El maestro de obras que faena por la planta baja de un hotel de Roma (1) puede fingir que repara un muro, pero su verdadera intención es molestar al hombre que trata de leer un libro en una habitación del último piso (2).



Interpretación abyecta: el maestro de obras está martillando *para molestarme*.
Interpretación benevolente: el maestro de obras está martillando y me molesta.

9. Para tranquilizarnos en las calles ruidosas deberíamos confiar en que quienes hacen ruido no saben nada de nosotros. Tendríamos que interponer una pantalla entre el ruido exterior y la sensación interna de merecer el castigo. No deberíamos introducir interpretaciones pesimistas de las motivaciones ajenas en escenarios que no les corresponden. De este modo, el ruido nunca será algo agradable, pero no tendrá por qué enfurecernos:

Todo puede resonar por fuera con tal que por dentro no haya turbación.

